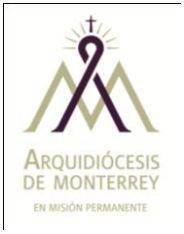
DOCUMENTO TEOLÓGICO PASTORAL



www.cen2015.com

I. SOMOS INVITADOS A LA FIESTA.

1. Analogía antropológica.

Fiesta

En nuestra vida muchas veces somos invitados a una fiesta, celebración o reunión. La mayoría de las ocasiones se nos invita de viva voz, pero cuando la circunstancia es especial se hace de manera formal y por medio de una invitación impresa.

Ya el mero hecho de haber sido tomados en cuenta para una fiesta, muestra una carga de afecto y es motivo de agradecimiento y alegría.

Expectativa por la fiesta

La invitación a una fiesta crea expectativa por varias razones: primero, porque sabemos que nos encontraremos con otros amigos o familiares a los cuales les tenemos aprecio y cariño; segundo, porque nuestros anfitriones han hecho un esfuerzo para disponer la fiesta; tercero, porque nos alegra el motivo: puede ser un aniversario, una graduación, un logro, un compromiso, o, a final de cuentas, simplemente por ser una reunión fraterna.

¿Cómo voy a la reunión?

De acuerdo a la ocasión nos preparamos: si la fiesta es formal vestimos nuestros mejores atuendos y nos arreglamos físicamente; si es informal o es una reunión semanal de cualquier forma buscamos lucir bien. A pesar de las prisas que conlleva arreglarse para una fiesta, tratamos de llegar temprano para no perdernos ningún detalle. Nuestro anfitrión nos recibe a la entrada y nos tiene un lugar reservado.

Muchas veces ya pasada la fiesta, los días posteriores, seguimos hablando de ella, de los encuentros, los amigos, la comida, la bebida, la música, la conversación, la alegría, de todo lo bello que se derivó de esa celebración.

Se vería mal un invitado a la fiesta sin conversar, sin alegrarse, sin beber, sin comer, y vestido de manera inadecuada. Lo mismo rechazar una invitación o no asistir a la celebración es de mal gusto; lo menos que podemos hacer, si es que no podemos asistir, es disculparnos anticipadamente.

Convocados por el Señor

Podemos decir que algo parecido sucede en la Celebración Eucarística: somos convocados a la Cena del Señor cada domingo o también a algunas celebraciones especiales durante el año o en los tiempos litúrgicos fuertes. Somos invitados como amigos y discípulos de Jesús. El Señor nos tiene un lugar reservado, nos prepara la mesa y quiere compartir su palabra y su vida con nosotros. En la Misa nos encontraremos también con otros hermanos y amigos; por todo esto, deberíamos sentirnos honrados, agraciados, agradecidos y bienaventurados.

¿Somos muchos los invitados?

Esta realidad que debiera ser gozosa no se da en todos los que nos decimos católicos. ¿Cuántos bautizados participamos en la Eucaristía dominical en México? ¿Cuántos asistimos a la Misa diaria? ¿Nos sentimos realmente invitados? ¿Cuál es la razón por la que algunos no asistimos? ¿Por falta de formación? ¿Por deficiencias pastorales? ¿Existe alguna razón por la que algunos se sientan excluidos?

Hay otras preguntas que nos ayudan a ver cómo es nuestra participación en el banquete Eucarístico: ¿Por qué mucha gente llega tarde a la celebración? ¿Les parece más importante la liturgia Eucarística que la liturgia de la Palabra? ¿Resulta atractiva la homilía? ¿Es elevado el lenguaje utilizado por el sacerdote? ¿Cuánta gente de la que asiste a Misa recibe la Comunión? ¿Cuántos no comulgan? ¿Por qué no comulgan?

¿Qué hago al salir de Misa?

También surgen preguntas sobre la repercusión que tienen las celebraciones en nuestra vida: los que comulgamos, ¿nos sentimos llamados a impregnar el mundo de la presencia de Cristo? ¿Efectivamente la escucha de la Palabra y el Cordero recibido en el banquete celestial transforma nuestra vida? ¿Cómo darle una dimensión eucarística a nuestra misión en el mundo y a esta Iglesia en salida que nos ha propuesto la EvangeliiGaudium? ¿Cómo hacer que el domingo nos impregne de la alegría pascual y eucaristizar así toda nuestra semana?

2. Breve catequesis.

En el año 2005, durante la Asamblea Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina el cardenal Giovanni Battista Re, decía: “Domingo a domingo, la asistencia a la misa se va convirtiendo en una excelente escuela de vida cristiana y una

fuente inacabable de luz y de fuerza para vencer al mal con el bien. Pero, ¿cómo hacer para que la gente vaya a misa el domingo?”[1].

No es casualidad que en el evangelio de san Juan, el primer signo que Jesús realiza, sea en una boda: “tal comienzo de los signos hizo Jesús, en Caná de Galilea, y se manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos” (Jn 2,11). La fiesta por antonomasia es la boda, y significa que las nuevas relaciones de Dios con su pueblo están en este marco festivo. Es significativo también que Marcos subraye lo mismo al inicio de su obra: “¿Pueden ayunar los invitados a la boda mientras el novio está con ellos?” (Mc 2,19). Para entender la invitación de Jesús y sus implicaciones, a diferencia de los escribas y fariseos, se necesita una mentalidad nueva, es decir, un vestido nuevo, por eso la parábola del banquete nupcial lo subraya: “amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de bodas?” (Mt 22,12; ver también Mc 2,21-22).

“Nadie pone un remiendo nuevo en un vestido viejo…” Lc. 5, 36

En los evangelios hay distintas bienaventuranzas, que son una forma de felicitación gozosa hacia una persona; quizá las más conocidas sean las del sermón de la montaña (Mt 5,1-12). Sin embargo, hay otras tantas (Lc 10,17-20; 11,27-28; Mt 13,16-17; Jn 13,14-17; 20,29), entre ellas subrayamos una que debiéramos asimilar con la conciencia que se merece: «Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero» (Ap 19,9); esta bienaventuranza se vincula a cada Celebración Eucarística cuando el sacerdote presenta el Cuerpo de Cristo: “Dichosos los invitados a la Cena del Señor”.

El Papa Francisco, haciendo referencia a San Ambrosio de Milán y a San Cirilo de Alejandría nos ha recordado en la EvangeliiGaudium que: “La Eucaristía, si bien constituye la plenitud de la vida sacramental, no es un premio para los perfectos sino un generoso remedio y un alimento para los débiles”[2].

Alimento para los débiles

1Pontificia Comisión para América Latina, LA MISA DOMINICAL, CENTRO DE LA VIDA CRISTIANA EN AMERICA LATINA, Reunión Plenaria 18-21 de Enero de 2005.
2EvangeliiGaudium, n. 47.

3. Estadísticas generales.

¿Cuántos millones de católicos?

Conforme al último de los Anuarios Pontificios de los que disponemos en el momento actual somos 1,228 millones de católicos en el mundo, lo cual en comparación al dato registrado que se nos entregó el 13 de mayo de 2013 y que marcaba 1,214 millones de católicos, nos presenta un superávit de 14 millones de fieles[3]. Siendo este incremento una cifra muy importante. Aquí cabe una pregunta: si los católicos han aumentado en número, ¿por qué no se refleja ese aumento en los fieles que asisten a los templos?

Si hacemos un análisis matemático sencillo de las 8,760 horas que tiene un año, un católico que va a Misa todos los domingos completaría en el año alrededor de 56 horas, que representa mucho menos del 1% del total. Ahora bien, una cosa es ir a Misa a la iglesia los domingos y otra es participar en ella conscientemente en la mesa de la Palabra y en la mesa de la Eucaristía, y más aún el participar activamente en los diferentes apostolados y actividades que las parroquias tienen preparadas, programadas y calendarizadas para su funcionamiento con la feligresía. Allí sí podemos decir que son muy pocos los que se integran a ellas.

4. Estadísticas en México.

¿Cuántos católicos somos en nuestra Patria y en nuestras Diócesis?

¿Qué porcentaje de católicos va a misa?

En torno a las cifras de la asistencia de feligreses a la Celebración Eucarística hay opiniones variadas y hasta contrastantes: afirmaciones rotundas que señalan la asistencia de un 7% del total de bautizados[4], otros afirman la asistencia es de un 10%, más escasos son los que afirman la asistencia del 20%, 30%, 40% o hasta del 50%.

Es muy complicado ofrecer una cifra concreta y global para todo México, a causa de las diferentes realidades pastorales entre las zonas rurales y urbanas, así como

---

3Se trata del Anuario entregado por la Santa Sede el 6 de mayo de 2014.
4Tal es el caso de la Arquidiócesis Primada de México de donde en febrero del año 2007 afirmó a través de su Sistema Informativo de la Arquidiócesis de México que la asistencia a la Santa Misa tiene una variante del 6 al 9 % del total de sus feligreses.

las diferencias entre la Región Centro y Bajío del país en comparación con las fronteras Norte y Sur. Bastaría ubicar la gran diferencia que marca un diagnóstico en la sola Arquidiócesis de México en comparación con cualquier otra Diócesis del país.

Habría que indagar los resultados que se envían a la Santa Sede en el informe anual de cada una de las Diócesis de nuestro país, y aun así, no faltarían aquellos que leerían esta información con un cierto y justificado recelo.

Últimos 55 años en estadísticas

Existe un estudio reciente sobre el comportamiento de la religión en nuestra patria, que data del 4 de Enero del 2012 y que se efectuó en torno a la visita que realizó el Papa Benedicto XVI a nuestra nación[5]. Este estudio tiene la virtud de considerar los datos emergidos por el último censo efectuado por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) en el año 2010, pero sobre todo por ser el acopio de las 28 encuestas realizadas por diferentes estructuras de parametría en nuestro país en los últimos 55 años, con el mérito de haber realizado cuadros comparativos en torno a la información obtenida. Un mérito adicional de esta información es que no se basa en datos que hubiésemos ofrecido las diferentes Diócesis.

Este estudio, en el caso del total de la población de nuestro país y el porcentaje de la población que se confiesa católico, ha hecho extensivo el cuadro comparativo a los últimos 120 años.

En el año 2010 de acuerdo al INEGI se registró en nuestro país una población de 112 millones 336 mil 538 habitantes, de los cuales el 83.9 por ciento, es decir, 92 millones 924 mil 489 de los mexicanos son católicos.

Diferencia norte -sur

Sin embargo, la variación entre los católicos y las personas que profesan otra fe distinta a la Católica es mayor en los estados del sureste como lo son: Campeche, Chiapas, Quintana Roo, Tabasco, Veracruz y Yucatán. En el año 2010, el 68% de la población de dichos Estados reportaba profesar el catolicismo, es decir, 15 puntos menos que el censo nacional (83.9%).

5Se trata de una investigación de **ALEJANDRO DÍAZ DOMÍNGUEZ** quien es candidato a Doctorado en Ciencia Política por la Universidad de Vanderbilt y profesor de tiempoparcial en el Instituto Tecnológico Autónomo de México (alejandro.diaz@itam.mx).

En torno a esas 28 encuestas que maneja el estudio doctoral de Díaz Domínguez se nos ofrece también una tabla comparativa del comportamiento de nuestra feligresía en los últimos 55 años:

¿Aumenta o disminuye?

Las mediciones disponibles sugieren una tendencia ligeramente decreciente entre aquellos que acuden semanalmente, es decir, quienes asisten a Misa al menos cada domingo. Él ha colocado también la categoría de los que asisten a Misa una vez por mes y ofrece la información de quienes suelen asistir eventualmente. Latendencia entre quienes asisten mensualmente parece relativamente estable (una media del 30%), y entre aquellos que asisten a algunos eventos religiosos la tendencia pareciera ligeramente creciente (del 20 al 25%).

En este mismo estudio, la Encuesta sobre Cultura Cívica de 1959 –que sólo incluyó poblaciones con más de 10 mil habitantes– muestra que en ese año un 70% de los católicos acudía a Misa semanalmente.

Por su parte, en la Encuesta Mundial de Valores, tanto la realizada en 1981 como la que se realizó el 2000, se manifiesta que el porcentaje de feligreses asiduos a la Misa semanal es del 60%.

Décadas 80´s y 90´s

El analista ofrece algunos datos y la lectura de ellos: en la década de los ochenta la asistencia semanal a la iglesia descendió hasta cerca del 40%, en tanto que en la década de los noventa ascendió por encima del 50%, por dos factores: primero el efecto del milenio que incrementó la religiosidad no sólo en México sino en diversas partes del mundo y porque el Papa Juan Pablo II realizó en 3 años de esa década dos de sus cinco viajes a México, lo que pudo reactivar el fervor religioso.

Conforme al Estudio de las diferentes encuestas se asienta que entre los años 2001 al 2004 en que se detonaron las acusaciones contra la Iglesia por los casos de pederastia, la asistencia a la celebración dominical descendió hasta casi el 30% como lo muestran las encuestas levantadas por parametría en noviembre de 2003, LAPOP en marzo de 2004 y Consulta en agosto de 2004.

Ya en el año 2005 las encuestas empiezan a subir, sólo la misa dominical llegó hasta cerca del 60% ¿Por qué? El autor lo atribuye al impacto que tuvo la muerte de Su

Santidad Juan Pablo II el 2 de abril de ese año, así como la elección del Papa Benedicto XVI.

Nuevo milenio

Desde las mediciones de Bimsa en 2005 y hasta la siguiente ronda de LAPOP, realizada en 2008, se aprecia una relativa recuperación. Durante los años del 2005 al 2008, las encuestas de Bimsa (2005 y 2006), la de Valores (2005), la de Consulta (2007) y la de LAPOP (2008) reportaron que la mitad de los católicos asistían semanalmente a servicios religiosos.

Un lugar especial se le da a la encuesta de salida realizada por Reforma en 2006 —la de menor proporción entre 2005 y 2008, pero la de mayor medición si se compara con datos reportados entre finales de junio de 2003 y agosto de 2004— rondó del 45% de asistencia a la Celebración Eucarística.

Por último, entre los años del 2009 al 2010 se aprecia un incremento en la proporción de católicos que asisten semanalmente a Misa (del 40% hasta casi el 50%), como lo muestran tanto LAPOP (primer trimestre de 2010) como la ENVUD, levantada a finales del mismo año de 2010, si se las compara con la Encuesta sobre Religión levantada por el Instituto Mexicano de Opinión en 2009.

Síntesis de las encuestas

En palabras de Alejandro Díaz Domínguez, la información acumulada podría resumirse de la siguiente manera: “durante el último medio siglo el promedio de católicos mexicanos que asisten a la iglesia cada semana es de 50%. Si se tienen en cuenta diferentes variaciones a lo largo del tiempo, puede sugerirse una tendencia ligeramente decreciente en el largo plazo, pero creciente en el último año analizado”.

5. Lema del Congreso Eucarístico.

El Congreso Nacional Eucarístico 2015 llevará como lema: “Eucaristía, ofrenda de amor: alegría y vida de la familia y del mundo”.

Un lema muy evocador ya que el sacramento de la Eucaristía se nos ha ofrecido como un don del amor llevado hasta el extremo por el Señor Jesús.

Amor hasta el extremo

El amor auténtico exige el sacrificio a favor de la persona amada, no debe temerle a la prueba y a la tribulación.Mientras no se llega a la prueba de fuego del dolor por el ser querido, el amor aún es incierto. Pero si ese amor es capaz de soportar penas y sinsabores, de compartir la enfermedad o la humillación, de encajar incluso la traición y la infidelidad, entonces sí que puede ser considerado un "amor hasta el extremo".

La prueba máxima del amor de Cristo a la humanidad está en que llegó hasta la pasión y la muerte, realizando la definición del Cantar de los Cantares: "El amor es fuerte como la muerte" (Cant 8,6). Cristo mismo dijo que "no hay mayor prueba de amor que la de dar la vida por el amigo" (Jn 15,13). Y Él, "habiendo amado a los suyos los amó hasta el extremo" (Jn 13,1), hasta el sacrificio cruento en la cruz.

Y para que no se nos pasara por alto, quedando como un acto aislado perdido en la lejanía del siglo I de la era cristiana, quiso repetirlo millones de veces. Él mandó renovarlo incruenta, pero verdaderamente; misteriosa, pero realmente, en el sacrificio de la Santa Misa.

Memorial de lacena

"Haced esto en recuerdo mío" (1Cor 11,23ss), es decir, para que recuerden y hagan presente cada día, cada hora, lo que les he querido, hasta dónde he llevado mi amor por ustedes. Porque yo no he muerto sólo por los espectadores de mi crucifixión en el Calvario, sino por todos y cada uno de los hombres de todos los tiempos. Por eso quiero que repitan, "hasta que vuelva" al final de la historia humana, mi único sacrificio redentor múltiple en sus millonarias repercusiones.

La familia, como verdadera Iglesia doméstica[6], no debe olvidar que la Celebración Eucarística en sus orígenes estuvo vinculada al núcleo familiar, tal y como nos lo recuerda el apóstol san Pablo cuando denunciaba los excesos en la Iglesia de Corinto (1Cor 10, 16-17). Objetivamente también la familia nace en torno a la Eucaristía y es la Eucaristía la que le da dinamismo a la familia en su ser y quehacer[7].

Pero junto con la familia también este mundo maravilloso ha recibido y recibe los beneficios de la redención de Cristo en cada Celebración Eucarística, tal y como lo ha mencionado Pierre Teilhard de Chardin:

6Lumen Gentiumn. 11; Familiaris Consortio, n. 21; Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1656.
7 Cfr. FamiliarisConsortio, n. 57.

> “Mas allá de la hostia transubstanciada la operación sacerdotal se extiende al mismo cosmos, transformándolo gradualmente a través de los siglos por la encarnación nunca acabada. No hay más que una sola misa en el mundo; y en todos los tiempos, la verdadera hostia, la hostia total, es el universo que Cristo penetra y vivifica cada vez más íntimamente... Una sola cosa se está haciendo, en el fondo, desde siempre y por siempre, en la creación: el cuerpo de Cristo”[8].

6. María, esperanza en el camino (Misterios gozosos).

Mujer de fe y acción

El evangelio de Lucas nos narra uno de los episodios más dramáticos de la vida de María, cuando Jesús se extravía en el templo (Lc 2,41-50). En esos momentos el corazón de María se destroza ante la incertidumbre de lo que habría pasado a su pequeño Hijo. Sin embargo, ella es la mujer de la fe y de la acción. Había que creer que el Padre tiene todo bajo control, pero al mismo tiempo había que hacer algo: Buscarlo entre los amigos y familiares y regresar a Jerusalén hasta encontrarlo… Dios haría el resto.

Es posible que hayamos perdido un poco o mucho el horizonte de nuestra vida cristiana y con ello la visión positiva y necesaria de acercarnos a la Eucaristía, sin embargo, nuestra Madre Santísima nos enseña a esperar y actuar; a creer y confiar en que esto es una situación que, si nosotros nos ponemos en camino, podremos reencontrar el camino hacia una vida eucarística plena y desde ahí a una vivencia comunitaria y evangélica que muestre al mundo el poder del Resucitado.

María nos lleva a Jesús

Ella, la mujer que llevó en su vientre el “pan que da la vida”[9] y que ahora se alimenta de Él de manera plena y perfecta en el cielo, nos invita a hacer nuestra la bienaventuranza que ella disfruta en plenitud junto con todos los redimidos, nos invita a recuperar en nosotros el amor a Jesús y a alimentarnos de su Cuerpo y de su Sangre.

8TEILHARD DE CHARDIN P., Lo que yo Creo, en Oeuvres 10,90.
9HANN SCOTT, Dios te salve, Reina y Madre, p. 65.

Para hacerlo, ella misma nos muestra el camino a través de los misterios Gozosos del Rosario:

- Abrir nuestro corazón a Cristo, permitir que Él se encarne en nosotros.

- Comunicarlo a los demás, para que nuestro gozo sea pleno, hablando de nuestra experiencia en la Eucaristía.

- Dejar que Él se transparente en nuestra vida, una vida colmada de la alegría que la Eucaristía produce en nosotros.

- Ser capaces de aceptar que la vida en el señorío de Cristo no es fácil y que en ella una espada nos atravesará el corazón, pero que esto será el signo de nuestra pertenencia a Cristo y que todo dolor encuentra cura en el Pan que da la vida.

- Y finalmente, en medio de la oscuridad que hoy vivimos y en la que nos parece haber perdido el rumbo en nuestra Iglesia, creamos que la luz de Cristo sigue iluminando. Si regresamos a nuestros orígenes, de la misma forma que María regresó a Jerusalén, ahí encontraremos al Niño que hemos dejado de contemplar, ahí reencontraremos el gusto por la participación frecuente a la Eucaristía.

De esta forma "de domingo en domingo, el pueblo peregrino sigue las huellas de María, y su intercesión materna hace particularmente intensa y eficaz la oración que la Iglesia eleva a la Santísima Trinidad"[10], y permite que nuestro amor por Jesús y la Sagrada Eucaristía no sólo renazca sino que encuentre gusto en cada celebración.

10DiesDomini, n. 86.

II. PLATICAMOS, COMPARTIMOS (Liturgia de la Palabra).

1.Analogía antropológica.

En nuestras reuniones o fiestas, aunque a veces no seamos muy conscientes de ello, normalmente seguimos una serie de ritos: describíamos arriba que primero nos invitan, se genera una expectativa, los anfitriones nos reciben, etc. Ya en la reunión, saludamos con afecto, nos vemos a la cara, sonreímos, charlamos, escuchamos atentos y convivimos. Si reflexionamos un poco en esta parte de nuestros encuentros, veremos la importancia que tiene la palabra. ¿Por qué? Porque conversando nos unimos en el afecto, nos hacemos empáticos con los demás, descubrimos afinidades con el otro, compartimos ideales, nos conocemos mejor, nos hacemos atentos a las necesidades de los demás, nos apoyamos y, si las circunstancias lo exigen, nos hacemos presentes con el prójimo cuando nos necesita.

El diálogo nos acerca

Lo mismo sucede cuando somos convocados a nuestras celebraciones Eucarísticas; en ellas, es cierto, también se dan una serie de ritos, pero en el fondo nos reunimos como Iglesia, para compartir la fe, la alegría y muchas otras cosas más que nos ponen en comunión. También aquí la Palabra ocupa un lugar importante:

Por una parte, Dios ha creado todo por su palabra y, en este sentido, su creación ya es diálogo orientado a quienes ha destinado para revelarse libre y gratuitamente. También Dios nos habla de manera concreta a través de los patriarcas, profetas y sabios, pero de modo especial nos habla por medio de su hijo Jesucristo: Palabra eterna del Padre. En Jesucristo se nos revela la intimidad más profunda de Dios: su amor, su perdón, sus deseos, su voluntad y sus planes trazados desde antiguo.

Jesús palabra eterna del Padre

Por otra parte, para los seres humanos hablar es parte primordial de nuestro ser espiritual, es decir, al hacerlo revelamos el misterio de nuestro ser: quiénes somos, qué pensamos, qué deseamos, qué o a quién buscamos, cuáles son nuestros anhelos, necesidades y aspiraciones.

Al guardar silencio y escuchar atentamente la palabra de Dios en nuestra Misa, le respondemos espontáneamente con un salmo o con nuestra oración interior a lo largo de la Celebración Eucarística, de manera que poco a poco y siendo asiduos a este

La Palabra nos pone en sintonía con el Señor

convite, conocemos mejor a Dios, aprendemos de sus criterios, nos parecemos a Él, nos arde el corazón y se nos abre el entendimiento. Dicho de otra manera, la Palabra nos pone en sintonía con el Señor, hace que dialoguemos con Él, logra que nos conozcamos mejor a nosotros mismos y nos da la fuerza, por medio de su Espíritu, para reafirmar nuestro compromiso de ser hermanos y ser sus discípulos. Esta dinámica es ineludible, porque el hablar no concluye en sí mismo, trasciende, exige la vida, busca actuar, crear y comprometerse.

Como sucede en nuestras reuniones, que después de conversar pasamos a la mesa para comer, así también después de la liturgia de la Palabra pasamos a la mesa de la Eucaristía.

2. Breve Catequesis.

El Concilio Vaticano II hace una feliz analogía al hablar de la Palabra de Dios equiparándola con el misterio de la Encarnación: "Porque las palabras de Dios expresadas con lenguas humanas se han hecho semejantes al habla humana, como en otro tiempo el Verbo del Padre Eterno, tomada la carne de la debilidad humana, se hizo semejante a los hombres"[11].

Llena de amor

Un gran teólogo de la Iglesia dice también: "En el ámbito que la palabra humana circunscribe ha plantado su tienda la infinitud... En la zarza de la palabra humana arde la llama del amor eterno"[12].

Esta enseñanza se ve redondeada por la exhortación del Papa Benedicto XVI sobre la analogía de la Palabra de Dios: "por una parte se refiere a la comunicación que Dios hace de sí mismo… pero por otra, la expresión 'Palabra de Dios' se refiere a la persona de Jesucristo, Hijo eterno del Padre, hecho hombre"[13].

Palabra y pan

Por último, otro texto del Magisterio de la Iglesia nos ayuda a tener una mirada integral en miras a nuestro Congreso: "Sabemos bien que la celebración de la Eucaristía

11Dei Verbum, n. 13.
12RAHNER K., Escritos de Teología IV, p. 416.
13Verbum Domini, n. 7.

ha estado vinculada, desde tiempos muy antiguos, no sólo a la oración, sino también a la lectura de la Sagrada Escritura, y al canto de toda la asamblea. Gracias a esto ha sido posible, desde hace mucho tiempo, relacionar con la Misa el parangón hecho por los Padres con las dos mesas, sobre las cuales la Iglesia prepara para sus hijos la Palabra de Dios y la Eucaristía, es decir, el Pan del Señor”[14].

3. La Palabra y la Eucaristía en la vida de nuestras comunidades.

La Biblia siempre se ha leído dentro de la celebración de la Eucaristía. Los testimonios más evidentes los tenemos en los comentarios al Antiguo y Nuevo Testamento que nos han dejado los Santos Padres, y que no son otra cosa que la transcripción de las homilías pronunciadas por ellos después de la lectura de la Biblia. Desde el s. IV con san Agustín y san Ambrosio comprobamos que determinados libros se reservaban para un tiempo litúrgico concreto: en Milán, al igual que en Constantinopla se leía Job y Jonás durante la Cuaresma; en África el Génesis ocupó una parte de ese tiempo, mientras que los Hechos de los Apóstoles se leían durante el tiempo pascual.

Ya en nuestros días con las reformas litúrgicas y la lectura continua de la Biblia en la Celebración Eucarística, nos damos cuenta que los textos bíblicos poseen una pedagogía destinada a nuestra enseñanza: es Palabra de Dios dirigida a la comunidad de creyentes en un continuo presente.

Antes de que las lecturas bíblicas fueran en lengua vernácula y también poco después del Concilio Vaticano II, muchos fieles pensaban que lo más importante era recibir la Comunión, incluso había personas que llegaban exactamente a esta parte final de la Misa sin saber cuáles habían sido las lecturas o la orientación del sacerdote en la homilía. También se llegó a la práctica en algunos colegios católicos de dar la comunión los viernes a los niños o adolescentes, sin celebrar Misa, es decir, dándoles el Cuerpo de Cristo directamente del sagrario sin ninguna referencia a la Palabra de Dios. Quizá todo esto contribuyó a que en nuestros días algunos fieles sigan pensando que la Misa vale si se llega antes del ofertorio. Si regresamos a la analogía antropológica que

14El misterio y el culto de la Eucaristía, n. 10.

hicimos arriba, podríamos decir que hacer esto es como llegar a una fiesta sólo a la comida.

Participar del doble banquete

Es verdad que la catequesis y la instrucción recibida por muchos feligreses ha contribuido a que la Celebración Eucarística se vea como algo integral y los fieles lleguen a tiempo, para participar de las dos mesas: la de la Palabra y la del Cuerpo del Señor. Sin embargo, no siempre se presta la atención adecuada a la escucha de la Sagrada Escritura o también la homilía no se prepara con el debido cuidado.

En la analogía antropológica también resaltamos la importancia de la palabra en el encuentro con el prójimo; por medio de ella nos revelamos, nos conocemos, nos hacemos cercanos y muchas veces nos comprometemos con los demás. Somos los únicos seres de la creación con la capacidad espiritual de hablar. Si esto lo pasamos al ámbito de nuestras celebraciones, valoraremos mejor la mesa de la Palabra; en ella Dios se revela, nos muestra su rostro y nuestra capacidad espiritual de hablar se amplía, porque nos pone en diálogo fructífero con Él.

La palabra nos aclara la imagen de Dios

Otra realidad que apreciamos es el amor y la devoción al Cuerpo de Cristo en el sagrario. Cada vez más personas acuden a visitar al Santísimo antes del trabajo, en algún descanso o al final de la jornada; en muchas ocasiones, por espacios prolongados de tiempo. Sin embargo, cabe preguntarse si hay una efectiva conexión entre nuestra oración y lo que Dios nos pide en su Palabra, ya que existe el riesgo de tener una imagen de Dios a nuestra medida y conveniencia. Si volvemos a la analogía antropológica, sería como si en una reunión de amigos sólo habláramos nosotros y no diéramos oportunidad de hacerlo a los demás.

Se ha despertado también una devoción creciente a las Horas Santas, especialmente animadas musicalmente por los jóvenes. Hay que reflexionar si no se trata de un espacio artístico, para el lucimiento personal, donde quizá faltan momentos de silencio fructífero. Es valioso aprovechar el empuje de los jóvenes, pero no hay que perder el sentido de la Hora Santa, iluminándola con la Escritura y con una oración que brote del silencio y el encuentro con la Palabra. Valga nuevamente la analogía: es como si en una reunión la música no permitiera hablar a las personas.

En algunos retiros los jóvenes prefieren actos de devoción al Santísimo, más que la celebración de la Eucaristía; habría que cuestionarnos si es por la falta de acompañamiento de los pastores o si son devociones legítimamente válidas. Como algo positivo en este mismo marco, vemos que muchos jóvenes interceden con su oración constante delante del Santísimo mientras dura el retiro.

Ministros de la comunión

Por último, podemos apreciar que ha crecido mucho el número de feligreses preparados como ministros extraordinarios de la comunión. Esta realidad es una ocasión inmejorable para capacitarlos en el valor de la mesa de la Palabra, los ministros pueden llevar un mensaje breve, esperanzador y sustancioso a las personas enfermas o de la tercera edad que no pueden asistir a la Eucaristía.

4. La Palabra como alimento en la Escritura, Tradición y el Magisterio de la Iglesia.

La Palabra de Dios siempre se ha visto como alimento, por eso no es extraño encontrar en la Biblia pasajes que muestren la estrecha relación entre el pan y la Palabra. Veamos dos ejemplos representativos:

Pan del cielo

El Antiguo Testamento relaciona el prodigio del maná con la Palabra de Dios: “Te hizo pasar hambre y te alimentó con maná, manjar desconocido para ti y para tus padres, a fin de enseñarte que el hombre no vive sólo de pan, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca de Dios” (Dt 8,3).

Pan de Dios

Lo mismo el Nuevo Testamento, si observamos el capítulo seis de san Juan y todo su contexto, Jesús se llama a sí mismo “pan de vida” (6,35), “pan de Dios” (6,33) y “pan del cielo” (6,41).

Ahora bien, podemos preguntarnos: ¿qué clase de veneración tiene la Iglesia por la Sagrada Escritura? La misma que se tributa al Cuerpo de Cristo. “La Iglesia sobre todo en la sagrada liturgia nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de la vida que ofrece la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo”[15].

15Sacrosanctum Concilium, n. 21.

Esta relación entre pan y Palabra la desarrollan también los Santos Padres:

"Los cristianos comen todos los días la carne del Cordero, esto es, comen cada día la carne de la Palabra de Dios"[16].

Tesoro en vasija de barro

Sobre la actitud que se ha de tener con respecto a la Eucaristía y la Palabra de Dios, dice san Jerónimo: "nosotros leemos las Sagradas Escrituras. Yo pienso que el Evangelio es el Cuerpo de Cristo; yo pienso que las Sagradas Escrituras son su enseñanza. Y cuando él dice: Quién no come mi carne y bebe mi sangre (Jn 6,53), aunque estas palabras puedan entenderse como referidas también al Misterio (Eucarístico), sin embargo, el cuerpo de Cristo y su sangre es realmente la palabra de la Eucaristía, es la enseñanza de Dios. Cuando acudimos al Misterio (Eucarístico), si se cae una partícula, nos sentimos perdidos. Y cuando estamos escuchando la Palabra de Dios, y se nos vierte en el oído la Palabra de Dios y la carne y la sangre de Cristo, mientras que nosotros estamos pensando en otra cosa, ¿cuántos graves peligros corremos?"[17].

"Comemos su carne y bebemos su sangre no sólo en el sacramento, sino también leyendo la Escritura"[18].

También el magisterio de la Iglesia enseña esta relación entre el pan y la Palabra:

"Entre todas las ayudas espirituales destacan aquellos actos por los que se nutren los fieles de Cristo con la Palabra de Dios y de la doble mesa de la Sagrada Escritura y de la Eucaristía"[19].

"Alimentados así en la mesa de la ley divina y del altar sagrado, amen fraternalmente a los miembros de Cristo"[20].

16Orígenes, Hom. Gen 10,3; PG 12,217; ver San Agustín Sermo 56,10; 57,7; 58,5; 59,3; PL 38,381.389.395.400.
17Verbum Domini n. 56.
18San Jerónimo, Commenatrius in Ecclesiasten; PL 23, 1.092.
19PresbiterorumOrdinis, n. 18.
20Perfecta caritatis, n. 6.

"Al acercarnos al altar y participar del banquete Eucarístico, realmente comulgamos el cuerpo y la sangre de Cristo. La proclamación de la Palabra de Dios en la celebración comporta reconocer que Cristo mismo es quien está presente y se dirige a nosotros para ser recibido"[21].

La palabra en la historia y en la vida

"Cuando se educa al Pueblo de Dios a descubrir el carácter performativo de la Palabra de Dios en la liturgia, se le ayuda también a percibir el actuar de Dios en la historia de la salvación y en la vida personal de cada miembro". "Profundizar en el sentido de la sacramentalidad de la Palabra de Dios, puede favorecer una comprensión más unitaria del misterio de la revelación en 'obras y palabras íntimamente ligadas' favoreciendo la vida espiritual de los fieles y la acción pastoral de la Iglesia"[22].

5. María, custodia de la Palabra Eucarística (Misterios dolorosos).

Pan de vida eterna

El evangelio de san Juan en su prólogo nos dice que el Verbo, la Palabra Eterna del Padre se hizo carne (Jn 1,14) y sin dejar de ser lo que era, como lo afirma el Catecismo de la Iglesia[23], comenzó a ser lo que no era. Este prodigio se realizó en el seno purísimo de nuestra Madre. Esta misma Palabra de Dios, es al mismo tiempo, el pan que da la vida: "Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo también daré por la vida del mundo es mi carne" (Jn 6, 51).

Es así que el Pan que da la vida y el Verbo de Dios, son la misma persona que habitó en el seno purísimo de María, y a quien ella crió hasta el momento en que tenía que realizar la misión para la cual el Padre lo había enviado. Este misterio maravilloso realizado en la Encarnación nos muestra que no puede haber división entre la Palabra y la Eucaristía. Disociarlas sería no entender quien es en realidad Jesucristo.

Este misterio esta íntimamente unido al misterio de María, pues nos dice la misma Palabra que "llegada la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo nacido de

21Verbum Domini, n. 56.
22Verbum Domini, nn. 54.56.
23N.464.

una mujer" (Gal 4,4). Es desde este momento que no podemos hablar de la Eucaristía ni de la Palabra de Dios sin hacer una referencia a Aquella por quien esa Palabra llegó a traernos la salvación eterna.

María maestra

María, puede entonces ser para nosotros, también guía en la escucha y vivencia de la Palabra dentro del misterio de la Eucaristía enseñándonos a mantener en nosotros unidos estos dos misterios.

Para ello, nuevamente nos referimos a los misterios del Santo Rosario, que muestran un camino, no sólo de meditación sino de acción. En los misterios Dolorosos podemos descubrir la unión que hay entre estos dos misterios, a saber:

- La Palabra de Dios para poder transformarse en Eucaristía, tuvo que entregarse a sí mismo, de forma voluntaria, y aunque en el huerto de los Olivos pedía al Padre que si era posible pasara de Él este cáliz (Mt 26,29), aceptó gustosamente hacer lo que el Padre le había mandado. En ello descubrimos que la obediencia perfecta, presentada por María en el "sí" total a Dios, debe marcar nuestra escucha de la Palabra en la Eucaristía.

- Hemos dicho, que la escucha de la Palabra de Dios en la participación de la Eucaristía ha de ser un diálogo, pero sumergido en el misterio, en donde no podemos entender por completo el misterio que escuchamos, por lo que como María aceptamos de Dios lo que su voluntad nos prevé. De la misma forma que Jesús, se entrega a los azotes, así nosotros dejamos que la Palabra cuestione y saque a relucir nuestros pensamientos más ocultos y desde ahí a conformarlos con la voluntad amorosa del Padre (Cfr. Heb 4,12).

- La Coronación de Espinas, nos muestra que la Palabra de Dios es "miel para los labios pero amarga las entrañas" (Cfr. Ap 10,9). Debemos aceptar que la Palabra de Dios siempre incomoda nuestra vida, pero esto es el signo de que verdaderamente es Palabra de Dios, la cual nos presenta un "camino estrecho" (Cfr. Mt 7,14), trayecto que desde la Encarnación sigue nuestra Madre Santísima hasta la misma cruz de su amado Hijo.

- Jesús nos dice, que “el que quiera seguirlo lo ha de hacer con su cruz a cuestas” (Mt 16,24). En la Misa la Palabra nos propone un camino de renuncia y desprendimiento. Desprendimiento de nosotros mismos, para pertenecerle totalmente a Dios. Si realmente queremos, como dice san Juan de la Cruz, llegar al todo, tenemos que andar por el camino de las “nadas”[24]. Este es el camino de María Santísima y el que se nos propone en cada Eucaristía. Quien no acepta esta Palabra tal como es, ¿cómo podría decir “Amén” en el momento de la Comunión? Son pues dos misterios inseparables.

- La Palabra que nos ha de conducir a la Eucaristía siempre será un invitación a “morir” a nosotros mismos, a dejar atrás nuestros apegos y nuestras comodidades. María al pie de la Cruz, repite desde lo más profundo de su corazón el mismo “fiat” que había dicho en la Encarnación. Si el grano de trigo no muere, no dará fruto (Jn 12,24). La Palabra en el corazón da fruto cuando nosotros aceptamos en el “Amén” Eucarístico, morir a nosotros mismos y seguir fielmente al Cordero.

“Palabra” y “Eucaristía” forman un solo misterio del cual, la Madre Iglesia, imagen de María[25], custodia de la misma forma que la hizo la Llena de Gracia. No separemos jamás los dos misterios y dejemos que la Palabra de Dios, transforme y “eucaristice”[26] nuestra vida, como lo hizo con María y toda la constelación de testigos que, como Ella, permitieron que Jesús, Palabra Eterna del Padre, se encarnará en ellos.

24Sn Juan de la Cruz, Subida al Monte Carmelo, 7,4.
25Lumen Gentium, n. 68.
26Cfr. Joaozinho, SCJ, Professor de teologia e DiretorGeral da Faculda de Dehoniana (www.dehoniana.org.br).

III.- COMPARTIMOS EL PAN (Liturgia Eucarística)

1. Analogía antropológica.

Comer juntos

En otro tiempo era común que todos los miembros de una familia se sentaran, al mismo tiempo, para comer o cenar. En nuestros días, esta costumbre ha cambiado; ahora cada cual organiza su día de acuerdo a sus ocupaciones y obligaciones laborales o académicas. Sin embargo, el fin de semana, el día de asueto, la fecha de cumpleaños o cualquier otro motivo festivo se convierten en una buena ocasión para una reunión familiar en la que sentarse a "comer juntos" es lo más importante. No se trata simplemente de satisfacer el hambre, sino de "comer juntos", de compartir una misma comida y una misma bebida. Estas comidas familiares rompen con la rutina diaria y nos ayudan a caer en la cuenta de que no sólo necesitamos nutrirnos; también necesitamos saborear, como si fuera un pan o paladear, como si fuera un buen vino, la satisfacción de que las personas a las que queremos, prueban y saborean lo mismo que nosotros. La felicidad tiene una dinámica expansiva, social, de tal forma que la felicidad de uno no es completa, si otro u otros no la disfrutan conmigo.

Comidas especiales

En un día de entre semana, aceptamos comer cualquier cosa, incluso poco nutritiva; en un día ordinario, podemos resignarnos a comer solos, de prisa, de pie, en cualquier parte, porque lo único que importa es calmar el hambre. Pero cuando se trata de disfrutar la comida, entonces hay que invitar a otros, a los familiares, a los amigos, a los más queridos. Cuando lo que se quiere es gozar la comida más que la comida misma, entonces no se trata sólo de comer; por eso adornamos los lugares, separamos tiempos prolongados y reposados; preparamos juntos los alimentos; nos deleitamos con los olores de la leña, con los aromas que provocan los condimentos y los guisos; nos entretenemos en presentar los platos adornados y agradables a la vista. En las ocasiones especiales, "sacrificamos" nuestros ahorros para escoger alimentos sustanciosos y deliciosos. Queremos probar la satisfacción de agradar y de hacer sentir bien a nuestros convidados.

Pan Eucarístico

Algo parecido sucede cuando celebramos la Santa Misa, especialmente, en la segunda parte de esta, a la que llamamos "Liturgia Eucarística". Una vez que escuchamos y dialogamos con el Señor, por medio de las Sagradas Escrituras, pasamos

de la mesa de la Palabra, a la mesa del Pan Eucarístico. Entonces, el gozo del encuentro y de la cercanía que ha hecho posible la Palabra de Dios, se materializa, ahora, en el signo concreto del pan y del vino. Comer la misma comida y beber la misma bebida unifica el espacio y el tiempo de los comensales; el creyente y Dios se vuelven contemporáneos, habitantes de una misma realidad festiva.

No hay que olvidar que durante los primeros tres siglos, los cristianos se reunían en las casas, en el espacio cotidiano y doméstico donde el primer altar de la Celebración Eucarística siguió siendo la mesa familiar (cf. Hech. 2, 46). De hecho, la estructura originaria del rito Eucarístico parece remontarse, en cierto modo, al ritual de las comidas hebreas, en el que las oraciones de la mesa subrayaban la acción de gracias a Dios, creador y dador de todos los bienes. Sin embargo, cuando los primeros cristianos compartían el pan, no simplemente compartían una comida ordinaria, sino celebraban el "memorial de la Cena del Señor" porque Jesús, antes de que fuera entregado a los padecimientos del calvario y al sacrificio de su muerte, quiso cenar con sus discípulos (cf. 1 Cor. 11, 23 -26; EE. 12). Pero puesto que la muerte no fue el destino final de Jesucristo, por eso, la celebración de su cena, tampoco fue, ni es, ahora, solamente memorial del sacrificio de su muerte, sino también "memorial de la gloria de su resurrección". Recordemos que, según los evangelios, no pocos encuentros del Resucitado con la comunidad de los discípulos ocurren, precisamente, en torno a una mesa (cf. Mc. 16, 14), en el contexto de una comida (cf. Lc. 24, 30 -32. 41-43; Jn. 21, 5–13). En tales encuentros, Jesús bendice los alimentos, da gracias y con sus manos llagadas parte y comparte el pan.

Memorial y acción de gracias

Desde siempre, los cristianos han compartido la "Cena del Señor" con la conciencia de que "Él nos mandó hacerlo como memorial suyo" (1Cor. 11,25). Al celebrar "su Cena", no sólo recordamos lo que hizo por nosotros y nos mandó hacer en nombre suyo, sino que, de un modo misterioso, en la ofrenda del vino y el pan, por la acción del Espíritu Santo, Él hace vivo, presente y operante, para nosotros, el regalo gratuito de su amor[27]. Por tanto, la Eucaristía es "memorial" y "acción de gracias" porque cada vez que compartimos el pan y el vino, Cristo nos participa de la vida nueva que es fruto del sacrificio de su muerte redentora[28]. Sólo los ojos de la fe pueden ver y saborear con gozo la presencia amorosa de quien, obediente a la voluntad de su Padre,

27cf. Catecismo de la Iglesia Católica,nn. 1362 -1364; Ecclesia de Eucharistia,n.12.
28cf. Catecismo de la Iglesia Católica, nn.1328 -1330; 1365.

se entregó, murió y resucitó por nosotros. Por eso, con razón se ha dicho que la Eucaristía es el "misterio de fe" por excelencia, "compendio y suma de nuestra fe", pues cada vez que celebramos este gran misterio de nuestra fe, anunciamos su muerte y proclamamos su resurrección hasta que vuelva[29].

2. Breve Catequesis.

Liturgia Eucarística. "Si los cristianos celebran la Eucaristía desde los orígenes, [… es] porque nos sabemos sujetos al mandato del Señor, dado la víspera de su pasión: "hagan esto en memoria mía" (1 Cor 11, 24-25).

"Cumplimos este mandato del Señor celebrando el memorial de su sacrificio. Al hacerlo, ofrecemos al Padre lo que Él mismo nos ha dado: los dones de su creación, el pan y el vino, convertidos por el poder del Espíritu Santo y las palabras de Cristo, en el Cuerpo y la Sangre del mismo Cristo: así Cristo se hace real y misteriosamente presente. Por tanto, debemos considerar la Eucaristía a) como acción de gracias y alabanza al Padre; b) como memorial del sacrificio de Cristo y de su Cuerpo; c) como presencia de Cristo por el poder de su Palabra y de su Espíritu"[30].

3. El Banquete de la unidad y la alegría.

Compartir el alimento

Uno de los nombres más antiguos dados a lo que hoy llamamos "Santa Misa" fue el de "fracción del pan" (1 Cor. 11, 20). La forma originaria de nuestro rito Eucarístico consistía esencialmente en realizar el gesto de Jesús que partió y compartió el pan con sus discípulos. De este esencial gesto de la partición del pan se deduce el carácter festivo y comunitario de la Eucaristía. No hay fiesta sin comida, pero tampoco hay fiesta sin convidados. La fiesta es fiesta porque causa alegría y lo que la provoca es que una misma comida no sólo es consumida, sino saboreada por todos. El motivo de la alegría radica en el hecho de compartir el alimento, del mismo modo que, por el contrario, consumir egoístamente el pan es ocasión de tristeza y de violencia. Las ofrendas de vino y del pan concentran materialmente el originario sentido de «banquete fraterno», "banquete de unidad".

29cf. SacramentumCaritatis, n. 6.
30cf. SacramentumCaritatis, n. 47; Catecismo de la Iglesia Católica,nn. 1356 -1358.

Para los primeros cristianos, el hecho de comer de un mismo pan y beber de una misma copa, significaba en la fe, la unión real con Cristo, verdaderamente presente en los dones ofrecidos como memorial suyo. Consumir el Pan partido y compartido en la reunión dominical era un gesto de fe, hecho con la conciencia de que por esta acción se realizaba la comunión, primeramente, con Cristo Cabeza, pero también con su Cuerpo, sacramentalmente presente en la comunidad de los creyentes[31]. Sin embargo, más tarde, debido a ciertas controversias doctrinales, la reflexión teológica sobre el misterio Eucarístico sobrevaloró, de tal manera, el aspecto de la presencia real de Cristo en las especies Eucarísticas que la realidad e identidad convival de la asamblea celebrante quedó relegada. Fue así que, poco a poco, fue surgiendo una devoción sacramental privada e interior, completamente en contradicción con el fundamental significado de "banquete de unidad fraternal".

Unidad con Cristo

La inercia de esta piedad eucarística intimista se extiende hasta nuestros días. Así por ejemplo, aunque hay que reconocer el valor y la importancia de la adoración Eucarística, introducir un momento de alabanza a las especies Eucarísticas, después de la consagración no parece ser lo más conveniente y adecuado al sentido propio de la Liturgia Eucarística, celebrada como Memorial de la Cena del Señor. La adoración del Pan Eucarístico corresponde a otro espacio y tiempo ritual. Por otra parte, no es raro que, después de recibir la comunión, algunos fieles abandonen el templo o se dirijan a la capilla del Santísimo para hacer su propia oración. Si el compartir el banquete Eucarístico se convierte en un acto de piedad individual no simplemente se resquebraja la unidad con la asamblea que celebra, sino que se rompe la sacralidad litúrgica de la comunión con Cristo, Cabeza de la comunidad.

Otro tiempo ritual

Ya desde los orígenes, san Pablo había advertido que la unidad eucarística estaba en riesgo cuando la Cena del Señor se llevaba a cabo con la indiferencia de algunos frente a las necesidades de su prójimo: "cuando se reúnen, pues, en común, eso no es comer la cena del Señor; porque cada uno come su propia cena y, mientras unopasa hambre, otro se embriaga." (cf. 1Cor, 11, 20 -21). La Eucaristía crea pues y hace a la Iglesia, a la vez que donde no hay Iglesia, es decir, "comunidad fraterna", tampoco puede haber auténtica Eucaristía, porque el Pan Eucarístico es pan partido que

31cf. Lumen Gentium, n. 7; SacrosanctumConcilium, n. 7.

llama y convoca (ek-kaleo) a ser comido por muchos. En este sentido, esta "multitud de llamados" a comer el Pan de Vida constituye, crea, hace a la Iglesia[32].

La caridad

La celebración de la Eucaristía y la comunión sacramental deben suscitar en las comunidades cristianas una dinámica de caridad orientada a compartir gratuitamente con los demás lo que gratuitamente se ha recibido. La Eucaristía, sacramento de amor, debe movernos, sobre todo, a compartir con los que menos tienen[33]. En razón de esta caridad manifiesta sacramentalmente en el pan partido, la Celebración Eucarística debe hacerse con un decoro que no se oponga a la sobriedad. Por tanto, cuando dentro de la Misa se tiene un XV años, un matrimonio, un bautismo o unas exequias, hay que evitar el predominio de las motivaciones sociales que, luego, dan lugar a celebraciones ostentosas en las que, por ejemplo, la ornamentación costosa del templo supone un insulto y una grave injusticia contra los más pobres. Es lamentable que, por razones económicas, sólo algunos fieles puedan expresar sus intenciones en la Eucaristía. Hacer acepción de personas en la asamblea litúrgica es completamente contrario al sentido cristiano del banquete fraterno[34].

Pan para los débiles

La asamblea convocada para recibir el don del pan partido alcanza su máxima cohesión, su genuina interrelación y comunión de unos con otros, cuando cada uno come el Pan de Vida. Sin embargo, parece ser una costumbre muy extendida entre nosotros, el no recibir la comunión. Muchos de los que asisten a Misa se abstienen de la comunión sacramental, incluso algunas veces, sin tener impedimento de pecado grave. Por otra parte, en nuestro tiempo, se da también, cada vez más, el fenómeno opuesto, pero igualmente indeseable[35]. Se trata de los que sin conciencia alguna de lo que se celebra y sin la debida disposición interior se acercan a comulgar. De este modo, desoyen la amonestación de san Pablo según el cual: "quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, cada cual debe examinarse para así comer el pan y beber el cáliz. Pues quien come y bebe sin discernir el Cuerpo come y bebe su propia condena." (1 Cor. 11, 27-29).

32cf. DominicaeCenae, n.4; SacramentumCaritatis,nn. 14 -15; Is. 55, 1-5.
33cf. DominicaeCenae, n. 5.
34cf. St. 2, 1-9; SacrosanctumConcilium,n. 32.
35cf. DonicaeCenae, n. 11; DiesDomini, n. 44; Ecclesia de Eucharistia,nn. 36 -37; SacramentumCaritatis,nn. 50 y 55.

4. Antigua y Nueva Alianza.

Si nuestra Celebración Eucarística es "memorial de la cena del Señor", la última cena de Jesús correspondió, a su vez, a la comida ritual de la fiesta hebrea de la Pascua, según el testimonio de los evangelios sinópticos: "El primer día de los panes ázimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le preguntaron sus discípulos: ¿Dónde quieres que hagamos los preparativos para que comas el cordero de Pascua"[36]. Cada año, desde que el pueblo de Israel fue liberado de la esclavitud de Egipto, se comenzó a celebrar domésticamente, en familia, por mandato divino, la comida de la pascua, con panes sin levadura y con el sacrificio de un cordero sin defecto, como se narra en el libro del Éxodo:

Pascua judía

"El diez de este mes, consíganse cada uno un animal del ganado menor, uno para cada familia. Si la familia es demasiado reducida para consumir un animal entero, se unirá con la del vecino […] Elijan un animal sin ningún defecto, macho y de un año; podrá ser cordero o cabrito. […] a la hora del crepúsculo, lo inmolará toda la asamblea de la comunidad de Israel. Después tomarán un poco de su sangre, y marcarán con ella los dos postes y el dintel de la puerta de las casas donde lo coman. Y esa misma noche comerán la carne asada al fuego, con panes sin levadura y verduras amargas" (Ex. 12, 1-8).

Una vez liberado de la esclavitud de Egipto, Dios condujo a su pueblo por el desierto y lo alimentó, de modo misterioso, con pan y carne (cf. Ex. 16, 1-36). Con este pueblo rescatado de la opresión egipcia, quiso Dios pactar una Alianza que quedó sellada con la sangre de novillos (cf. Ex. 24,8). Por esta Alianza, el pueblo de Israel quedaba comprometido a servir exclusivamente al Dios que lo había liberado, y a ser como Él, libertador de todas las naciones oprimidas por la ignorancia de la idolatría (cf. Is. 49,6).

Servir a Dios

Pero al paso del tiempo, el cumplimiento de esta misión universal dada a Israel fue tan limitado que Dios mismo prometió cumplirla cabalmente, haciendo una nueva alianza. De esta promesa se hicieron eco los profetas, como cuando Isaías afirma:

36Mc 14, 12; cf. SacramentumCaritatis,n. 10.

"¡Vengan a tomar agua, todos los sedientos, y el que no tenga dinero, venga también! Coman gratuitamente su ración de trigo, y sin pagar, tomen vino y leche. ¿Por qué gastan dinero en algo que no alimenta y sus ganancias, en algo que no sacia? Háganme caso, y comerán buena comida, se deleitarán con sabrosos manjares. Presten atención y vengan a mí, escuchen bien y vivirán. Yo haré con ustedes una alianza eterna, obra de mi inquebrantable amor a David. Yo lo he puesto como testigo para los pueblos, jefe y soberano de naciones. Tú llamarás a una nación que no conocías, y una nación que no te conocía correrá hacia ti, a causa del Señor, tu Dios […]" (Is. 55, 1-5).

Alianza

Como se ve, en la celebración de la pascua hebrea, que rememora la liberación y la primera Alianza, destacan elementos tales como el pan, el sacrificio del cordero y la sangre. La promesa de una nueva y eterna Alianza se realizará plenamente con la sangre derramada de Jesucristo, el cordero sin mancha (cf. Jn. 1,29; 19,31-34) quien en la noche en que iba a ser entregado, entregó el pan a sus discípulos como su propio cuerpo y les dio a beber vino como su misma sangre derramada para sellar la nueva alianza (cf. Mt. 26, 26 -29; 1 Cor. 11, 23 -25). Tanto la cena pascual hebrea como la cena del Señor nos remiten a un sacrificio en el que la sangre de la víctima sella una alianza y la comida de su carne consuma la unión de los pactantes. La cena, como comida compartida, materializa el significado de alianza porque "aliarse" quiere decir "entrelazarse", "unirse", "juntarse".

Por su parte, en el Nuevo Testamento, san Pablo mismo relaciona la unicidad del pan compartido con la unidad de los comensales, como consecuencia natural de la unión con Cristo: "Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque uno solo es el pan, aun siendo muchos, somos un solo cuerpo, pues todos participamos del mismo pan." (1Cor.10,16-17). La misma comparación entre la unicidad del pan y la unidad de la asamblea aparece mencionada en la "Didaché", el escrito cristiano más antiguo fuera de la Biblia, a propósito de la oración por la Iglesia: "como este fragmento [de pan] estaba disperso sobre los montes y reunido se hizo uno, así sea reunida tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino"[37].

Hermanos unidos

El hecho de que, desde la antigüedad cristiana, se designara con el mismo nombre de "Corpus Christi" tanto al hijo nacido de santa María, como al pan

37c. IX n. 4.

Eucarístico y a la Iglesia, comunidad de cristianos[38], nos deja ver la primitiva conciencia cristiana para la que la comunión sacramental no sólo es unión real con Cristo, sino por Él y en Él, unión también real con los hermanos.

Por ejemplo, cuando en tiempos de san Hilario (310 -367) algunos afirmaban que la unión entre el Padre y el Hijo, no era de naturaleza, sino sólo de voluntad, como nuestra unión con la de Cristo, el santo de Poitiers sostiene: "Y ahora pregunto a aquellos que afirman la unidad de voluntad entre el Padre y el Hijo: ¿acaso Cristo está hoy en nosotros por la realidad de su naturaleza o por el acuerdo de voluntades? Pues si verdaderamente "la Palabra se hizo carne" (Jn. 1,14) y nosotros recibimos verdaderamente la Palabra hecha carne como alimento del Señor, ¿cómo no se ha de pensar que permanece en nosotros según su naturaleza aquel que, nacido como hombre, asumió la naturaleza de nuestra carne, ya inseparable de él, y mezcló la naturaleza de su carne a la de su eternidad en el sacramento en el que se nos comunica su carne? Y así, todos somos una sola cosa, porque Cristo está en el Padre, y Cristo está en nosotros"[39].

Unidos realmente a Dios

Ya un poco antes, san Cipriano (210 -258) hablando de la mezcla ritual del vino con el agua, afirmaba: "Cuando en el cáliz se mezclan vino y agua, el pueblo se une a Cristo y la multitud de fieles se junta y adhiere a aquel en quien ha creído. El vino y el agua de tal manera se unen y se mezclan en el cáliz del Señor, que en esta mixtura ya no pueden separarse una del otro"[40]. Otro gran escritor africano, san Agustín afirma en uno de sus sermones: "Si ustedes son el cuerpo y los miembros de Cristo, sobre la mesa del Señor está el misterio que ustedes mismos son, a la vez que reciben el misterio que ustedes mismos son. Cristo el Señor […] consagró en su mesa el misterio de nuestra paz y unidad. El que recibe el misterio de la unidad y no posee el vínculo de la paz, no recibe un misterio para provecho propio, sino un testimonio contra sí"[41].

Ya en la Edad Media, santo Tomás respondiendo a la cuestión de que si la Eucaristía es un solo sacramento o varios, después de invocar la conocida cita bíblica de 1 Cor. 10, 17, afirma: "[de lo que dice san Pablo] se deduce que la Eucaristía es el sacramento de la unidad eclesiástica. Y como el sacramento refleja la unidad de la que

38cf. SacramentumCaritatis,n. 15.
39Trinitas VIII, 13: PL 10, 245 -249.
40Carta 63, 13: PL 4, 383 -384.
41Sermo 272: PL 38, 1247 -1248; cf. Sermo 227,1: PL 38, 1099; In Johannis 21,8: PL 35, 1568; ibid., 28: PL 35,1622.

es signo, la eucaristía es un solo sacramento. Hay que decir que la unidad se atribuye no sólo a lo que es indivisible o continuo, sino también a lo que es perfecto o acabado"[42].

Cuerpo de Cristo

En coherencia con las Sagradas Escrituras y la Tradición, el Magisterio de la Iglesia nos enseña también el misterio de unidad entre Cristo Cabeza y la comunidad de fieles que es su cuerpo. En la Constitución conciliar sobre la Iglesia, del Concilio Vaticano II, se dice que "la obra de nuestra redención se efectúa cuantas veces se celebra en el altar el sacrificio de la cruz, por medio del cual Cristo, que es nuestra Pascua, ha sido inmolado (1 Cor. 5,7). Y al mismo tiempo, la unidad de los fieles, que constituyen un solo cuerpo en Cristo, está representada y se realiza por el sacramento del pan eucarístico (cf. 1 Cor. 10, 17). Todos los hombres están llamados a esta unión con Cristo, luz del mundo […]"[43].

Pueblo de Dios

En su Carta Apostólica de 1998, "Día del Señor", el Papa Juan Pablo II se refiere también al misterio Eucarístico en los términos de la doble unidad con Cristo y los hermanos: "Para que esta presencia [viva del Resucitado] sea anunciada y vivida de manera adecuada no basta que los discípulos de Cristo oren individualmente y recuerden en su interior, […], la muerte y resurrección de Cristo. En efecto, los que han recibido la gracia del bautismo no han sido salvados sólo a título personal, sino como miembros del Cuerpo místico, que han pasado a formar parte del Pueblo de Dios. Por eso es importante que se reúnan, para expresar así plenamente la identidad misma de la Iglesia, la *ekklesía*, asamblea convocada por el Señor resucitado, el cual ofreció su vida "para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos" (Jn 11, 52). Todos ellos se han hecho "uno" en Cristo (Cf. Ga 3, 28) mediante el don del Espíritu. Esta unidad se manifiesta externamente cuando los cristianos se reúnen: toman entonces plena conciencia y testimonian al mundo que son el pueblo de los redimidos formado por "hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación" (Ap5, 9). En la asamblea de los discípulos de Cristo se perpetúa en el tiempo la imagen de la primera comunidad cristiana, descrita como modelo por Lucas […] cuando relata que los primeros bautizados "acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones" (Hech. 2, 42) […] Es importante, además, que se tenga conciencia clara de la íntima vinculación entre la comunión con Cristo y la comunión con los hermanos. La asamblea Eucarística dominical es un acontecimiento

42S.Th. III, q.73, a.2.
43Lumen Gentium, n. 3.

de fraternidad[…]”[44].

Más recientemente, en la exhortación que siguió al Sínodo dedicado a la Eucaristía (2005), el Papa Benedicto XVI, a propósito de la invocación al Espíritu Santo, habla de la realidad del Cuerpo Eucarístico y del Cuerpo de la Iglesia, como único cuerpo de Cristo: “ [se hace]laepíclesis [o] invocación al Padre para que haga descender el don del Espíritu a fin de que el pan y el vino se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, y para que “toda la comunidad sea cada vez más cuerpo de Cristo”. El Espíritu, que invoca el celebrante sobre los dones del pan y el vino puestos sobre el altar, es el mismo que reúne a los fieles “en un sólo cuerpo”, haciendo de ellos una oferta espiritual agradable al Padre. […]En efecto, “la unicidad e indivisibilidad del Cuerpo eucarístico del Señor implica la unicidad de su Cuerpo místico, que es la Iglesia una e indivisible […”]”[45].

Cuerpo místico

5. María, maestra de comunión (Misterios luminosos).

El mejor modelo que podemos encontrar de la unidad en la caridad, en la que se vincula el ser y el que hacer de la Iglesia, es nuestra Madre Santísima. Los pasajes de la visita a su prima Isabel (Lc 1,39-45) y las bodas de Caná (Jn 2,1-12) conjugan la comunión y la caridad de María de Nazaret.

Comunión y caridad en María

María en su persona nos muestra la comunión que tiene con Dios, pues es la “Llena de Gracia” (Cf. Lc 1,28), pero al mismo tiempo, su comunión con los demás hombres, pues después de la crucifixión nos tiene como sus hijos muy amados, pues el Señor, la ha dejado como Madre de todos aquellos que como el discípulo amado lo siguen hasta la cruz (Cf. Jn 19, 25-27).

Hija de María

En esta preparación que hacemos para nuestro Congreso Eucarístico, tomemos ahora los Misterios de Luz, como una guía que nos permita realizar adecuadamente esta preparación en la comunión con el cuerpo y la sangre de Cristo.

44Nn 31.44.
45SacramentumCaritatis,n. 13.

- En María, se encuentra el origen de nuestra etapa histórica de salvación, cuando acepta del Padre ser incluida de manera activa en el misterio de Salvación. De esta misma manera cada uno de nosotros en nuestro bautismo hemos celebrado la alianza con el Señor, que se actualiza en cada "Amén" que repetimos cuando recibimos la sagrada Eucaristía. Esto nos debe llevar, como a Jesús en el Jordán a emprender un camino de obediencia perfecta al Padre. Decir "Amén", al recibir la Eucaristía y no obedecer a Dios es negar lo que hemos dicho y recibido.

- Según la teología joánica, las bodas de Caná, nos presentan no sólo un acto de caridad de María y Jesús para una familia, sino la unión de Dios con su Pueblo. Dios quiere que todos seamos uno, y por eso el sacramento del matrimonio, como lo presenta san Pablo (Cfr. Ef 5,32), es el mejor indicativo de la realidad que debemos vivir entre nosotros para que el mundo crea que somos sus discípulos. María se une a Jesús, místicamente, representando teológicamente al Pueblo de Dios[46] y de la misma manera cada uno de nosotros, al recibir la comunión nos unimos a aquel que nos ha llamado a participar de la alegría celestial. Esto requiere, como para todas las bodas, una preparación adecuada. María nos presenta el modelo de cómo nos habremos de presentar: "Llenos de gracia". Esto asegura una unión perfecta y definitiva con Dios.

- La predicación del Reino, es y ha sido el eje sobre el que gravita toda la vida de la Iglesia, ya que estas fueron las últimas palabras de Jesús en el Evangelio de San Mateo "Vayan y hagan discípulos a todas las naciones, enséñenles a guardar todo cuanto yo les he enseñado" (Mt 28,19-20). ¿Quién mejor que María Santísima nos puede hacer ver lo que esto significa, ya que ella no sólo guardaba todas estas palabras en su corazón y las meditaba (Lc 2,51), sino que las proclamaba al viento: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra" (Lc 1,38). Ella es la esclava que no sólo escucha la Palabra, sino que la vive, por lo que recibirá la gran alabanza de su propio Hijo: "Más bien bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica" (Lc 11,27-28).

46BROWN R., Mary in the new Testament, p. 183.

- Nos admira la transfiguración de Jesús en el Tabor (Mt 17,2), pero más nos debería admirar la transfiguración de cada cristiano al recibir la Eucaristía, ya que Dios se ha hecho hombre para que nosotros nos podamos hacer como Él, Dios[47]. Comulgar con frecuencia es la más pura fuente para lograr la cristificación.

- La Última Cena, es el encuentro de Jesús con sus amados. Encuentro en el que la despedida se convierte en fiesta pues no sólo promete regresar, sino llevar a vivir a la casa de su Padre a sus discípulos (Jn 14,3). Fiesta en la que les pide a sus discípulos que se ayuden y se sirvan unos a otros de la misma forma como Él lo hizo (Jn 13,12-15). Fiesta en la que no pueden participar quienes han decidido, a pesar de todas las señales de amor que Jesús les ha dado, abandonarlo y entregarlo a sus enemigos (cfr. Jn 13,30). La Eucaristía es y debe ser un encuentro fraterno en donde no me puedo acercar a la mesa sin antes haber arreglado las cosas con mi hermano (cfr. Mt 5,23) y sin haber decidido servirlo con humildad aceptando a todos por igual como mis hermanos (St 2,1-9). María, según el deseo del Señor, reúne cada semana a sus hijos, para que conviviendo fraternamente compartamos el mismo Pan y el mismo Cáliz.

La preparación para nuestro Congreso deberá pues, ser un proceso de inclusión y de aceptación, de concientización de nuestra relación con Dios, pero también con nuestros hermanos, tiempo de purificación para poder acercarnos dignamente al la mesa del altar. María en su misterio de amor materno será la mejor guía y ayuda para poderlo hacer.

47(2 P 1, 4):"Porque tal es la razón por la que el Verbo se hizo hombre, y el Hijo de Dios, Hijo del hombre: Para que el hombre al entrar en comunión con el Verbo y al recibir así la filiación divina, se convirtiera en hijo de Dios" (S. Ireneo, haer., 3, 19, 1). "Porque el Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos Dios" (S. Atanasio, Inc., 54, 3). "Unigenitus Dei Filius, suaedivinitatisvolens nos esse participes, naturamnostramassumpsit, ut hominesdeosfaceretfactus homo" ("El Hijo Unigénito de Dios, queriendo hacernos participantes de su divinidad, asumió nuestra naturaleza, para que, habiéndose hecho hombre, hiciera dioses a los hombres") (Santo Tomás de A., opusc 57 in festo Corp. Chr., 1).

IV.- NOS VAMOS ALEGRES PORQUE SOMOS ENVIADOS.

1. Analogía antropológica.

Caminar con alegría

La Eucaristía, como hemos reflexionado en los apartados anteriores, nace como una comida familiar, en un contexto celebrativo de la fe. Somos convocados, nos reunimos y dialogamos, compartimos la vida y el pan como familia, pero al final de la reunión, hay que despedirnos con un doble sentimiento en el corazón: quisiéramos quedarnos más tiempo, pero al mismo tiempo deseamos partir, caminar y compartir con el mundo en que vivimos, la alegría que hemos experimentado. Así como en Egipto, la cena de pascua invitaba a los comensales a tener las sandalias en los pies y el bastón de peregrino en la mano para la salida de la esclavitud, así en la Eucaristía, también nos disponemos a la salida misionera para liberar al mundo de la esclavitud del pecado y de toda forma de opresión que le impide ser feliz. Pero además, al despedirnos en una reunión familiar en la que verdaderamente nos hemos alimentado, también sabemos que pronto nos volveremos a reunir: “que se repita”, decimos algunos; “que no sea la última vez”, decimos otros.

Compromisos pastorales

Cada Celebración Eucarística, en los ritos conclusivos nos dispone a caminar al mundo que necesita ser transformado. Lo mismo esperamos de este Congreso Eucarístico Nacional: seremos convocados, compartiremos experiencias, nos alimentaremos del Pan vivo bajado del Cielo, pero todo en miras a la misión, por lo que no debemos partir de este Congreso sin antes esclarecer los compromisos pastorales que se derivan del mismo, compromisos que deberán incidir directamente en nuestra misión orientada al mundo y a la familia.

2. Eucaristía y vida.

Divorcio fe - vida

En los mismos inicios del cristianismo se dieron situaciones similares a las que hoy se dan en torno a la comprensión de la Eucaristía y su relación con la vida. Lo que llamamos divorcio entre fe y vida es lo mismo que san Pablo reprocha a algunos de los corintios quienes en las asambleas eucarísticas se adelantan a comer y beber hasta embriagarse, mientras otros pasan necesidad (Cf. 1 Cor. 11, 20-22). Hoy en día podemos constatar que casos similares se siguen dando, aunque de modo distinto. Mientras que algunas comunidades católicas que celebran semanalmente la Eucaristía

literalmente pasan hambre, otras, en cambio, viven en la opulencia; mientras que algunas comunidades tienen ministros ordenados de sobra, otras carecen de ministros ordenados que la presidan.

Compromiso misionero

Este divorcio entre Eucaristía y vida podría notarse también de modo individual en las comunidades en las que la comunión sacramental y la asistencia a la Misa dominical parece no cambiar nada la vida familiar: el machismo, la violencia intra-familiar, el alcoholismo y muchos otros males que dañan a la familia, siguen siendo parte de la vida de muchos católicos.

Por otro lado, en el mejor de los casos, cuando la Celebración Eucarística si repercute al interior de la familia en una vida con valores cristianos y sana convivencia, en muchos bautizados el compromiso misionero que brota de su mismo bautismo y que se potencia en la Eucaristía, no parece salir de las paredes del templo o de la propia casa. El clamor de muchos hermanos y hermanas que piden las migajas que caen de nuestra mesa, no nos mueve a replantearnos, como movió a Jesús la mujer cananea, nuestra misión con los alejados y marginados.

Otra causa de este divorcio entre Eucaristía y vida la encontramos desde el momento en que las personas se acercan a preguntar: "¿Cuánto cuesta una Misa para...?" Muchas veces la respuesta, con un gesto de molestia, es: "no cuesta, se piden $500.00 de limosna para las necesidades de la Iglesia". Se discute mucho este tema del cobro de los sacramentos y se argumenta que es el único modo de sostener el templo y los sueldos de los empleados de la parroquia, incluyendo el del párroco por supuesto. ¿No estamos viciando en su origen la esencia de Eucaristía? ¿Esa fue la práctica de Jesús? ¿Eso enseñó a los apóstoles? ¿Es parte de la tradición?

Todos somos incluidos

Por último, la visión legalista, más apegada al deber ser del rito que al Evangelio, nos impide encontrar caminos para incluir en nuestras asambleas dominicales y en la recepción de los sacramentos, a quienes han sido marginados no sólo por la sociedad, sino por la misma comunidad eclesial. ¿Cómo responder a estos desafíos sin perder la esencia misma de la Eucaristía a la que Pablo custodia celosamente? ¿Cómo no caer en relativismos o posturas radicales que son poco evangélicas? ¿Cómo llevar a plenitud la ley, según el Evangelio de Jesús?

3. Eso no es la cena del Señor (1 Cor 20).

Referencia original

La Eucaristía en su esencia y en su identidad no cambia con el paso de los siglos, ya que al ser un "memorial" nos invita permanentemente a no perder la referencia original y a evitar modas pasajeras sin criterios evangélicos. El primer paso está, por supuesto, en ser fieles al hecho fundante. Las palabras del Apóstol, "eso no es la Cena del Señor" (1 Cor 20) son muy ilustrativas, ya que precisamente la primer referencia es al Señor que instituye la Eucaristía y nos manda celebrarla para no perder la memoria de Él, de sus gestos, de sus enseñanzas y de su vida.

En este sentido podemos decir que las primeras fracturas entre fe y vida se originan desde la celebración, sea por su modo de convocar a ella (marginando), sea por su modo de celebrarla (actitudes), sea por ciertos signos ostentosos que no tienen relación alguna con los valores que Jesús vivió y enseñó, o bien sea por la homilía que poca o nada referencia hace a la persona de Jesús de Nazaret. Muchas veces los asambleístas no entran en comunión ni por los signos, ni por las actitudes, ni por las palabras. Se habla de Cristo, de Jesús, del Señor, pero, ¿qué Jesús está en la mente de los católicos que asisten el domingo a la celebración? ¿Quizá el Jesús de los hermanos separados?, ¿El Jesús de los mercados y hierberías? ¿El Jesús de la mamá perfeccionista? ¿El Jesús de los grupos de élite que exige una moral que el pueblo sencillo no puede cumplir?

Si san Pablo entrara hoy a nuestras asambleas y viera los signos litúrgicos, escuchara las homilías, observara las ventas para sacar fondos y el comercio que en ocasiones hacemos con los sacramentos ¿qué diría? ¿Es esta la Cena del Señor?

Salir de prisa

Los ritos conclusivos de la Eucaristía no son el banderazo para que los fieles salgan rápido a modo de estampida. Algunos nos molestamos, porque no esperamos a que salga primero el sacerdote. Lo que habría que revisar es por qué la gente sale rápido. ¿Por fin se concluye una celebración obligatoria y aburrida? O bien, ¿salen corriendo para proclamar ante el mundo y en su familia la alegría de la fe que han celebrado?

Un aspecto importante en relación a la Eucaristía que habría que discutir seria y teológicamente, es lo referente al dinero y al cobro por los servicios sacramentales en general. ¿Qué significan las palabras de Jesús cuando ordena a los apóstoles: "Den

gratuitamente lo que gratuitamente recibieron" (Mt 10,8)? Sabemos que el Derecho Canónico prohíbe la simonía, sin embargo, de alguna manera también regula el modo de solicitar una retribución por los servicios sacramentales. ¿No será este un tema digno de ser profundizado si pensamos en la imagen que estamos dando? ¿Es la Eucaristía sacramento en todo lo que esto implica? ¿Es verdadero signo de la presencia de Jesús en la historia y de su gracia que se nos ha dado gratuitamente?

4. María nos acompaña y nos sostiene en el camino (Misterios gloriosos).

Queremos terminar reflexionando los misterios finales del Santo Rosario, que nos presentan la misión y la ayuda de Dios para ésta, y con ello cierran, en la Asunción de María Santísima, la etapa de la creación que fue redimida por nuestro Señor Jesucristo.

- Podemos ahora reflexionar en la Resurrección de Jesús como finalización de un proyecto basado en la obediencia que lo llevó hasta la misma cruz. Pero esta obediencia, trajo la Nueva Vida… y dio origen al hombre nuevo (Cf. Ef 4,13) y así abrió el camino para que todos y cada uno de nosotros podamos participar algún día de la felicidad eterna junto al Padre. Esta es la nueva vida que se debe expresar en todos los que salimos renovados con el cuerpo y la sangre de Cristo. El ajeno y el alejado, deben ver en nosotros, como el rostro de Moisés (Cf. 2Cor 3,13), un resplandor que le indique que "algo" pasó en la celebración. Nuestra caridad, de hombre nuevo debe ser evidente (Cf. 1Cor 13). La Llena de Gracia, la Mujer Nueva como la llama SS Paulo VI[48], intercede por cada uno de nosotros para que esta novedad de vida sea visible a los demás. Por ello la oración mariana al final de la Eucaristía es un elemento fundamental para que el cambio se actúe en nosotros de manera eficaz (Cf. Jn 2,1-11).

- En la Ascensión del Señor, encontramos el camino al Padre. Jesús ya les había dicho: "Yo soy el camino… nadie va al Padre si no es por mi" (Jn 14,6). El camino es Él. Es decir, es su Palabra; palabra que hemos escuchado y que ahora deberá de servir como guía y camino (Cf. Sal 119,105) para que nuestra vida se desarrolle en comunión y en dirección a donde ya ha llegado nuestra

48MarialisCultus, n. 36.

cabeza. No podemos esperar que la vida se transforme, que el camino se construya solo. Por ello no podemos pensar que basta con haber escuchado la Palabra para que todo acabe bien. Requerirá de nosotros, como lo hacía María, de la meditación diaria de esta palabra (Cf. Lc 2,19). Si la Palabra de Dios no es meditada todos los días, difícilmente ésta se convertirá en camino.

- Y dado que al salir de la Misa, nos envían a una misión: "*Ite*"… vayan, no podemos pensar que la misión a la que se nos envía podrá ser realizada por nosotros solos (Cf. Jn15,5), es por ello que invocamos la presencia del Espíritu Santo, para que, como lo prometió el Señor, seamos revestidos con la fuerza de lo alto (Cf. Lc 24,49) y así poder ser sus testigos (Cf. Hech 1,8). La invocación cotidiana del Espíritu en compañía de María desarrollará en nosotros un pentecostés (Cf. Hech. 1,14) permanente que nos hará perder todos los miedos (Cf. Hech 2,1ss) y ser constructores de un mundo en el que la paz y la justicia se desarrollen de día en día.

- Para animarnos a esta misión, deberemos elevar nuestros ojos a la Asunta, a nuestra Madre Santísima, quien en su Asunción nos muestra que lo que anunció Jesús es verdad. Que cuando dijo que nos llevaría a vivir con Él no estaba hablando en sentido figurado. El camino de María no fue fácil, como tampoco lo es y será para nosotros, pero el alimento que hemos recibido tanto en la Palabra como en la Eucaristía, nos darán la fuerza como a Elías para llegar a la meta (Cf. 1Re 19,8) y compartir eternamente el cielo con María Santísima. La misión es ardua: anunciar a Jesús, fuente de vida… Es construir una sociedad en la que haya más justicia; es hacer de este mundo selvático un mundo más humano.

- La Llena de Gracia, ya resucitada en el cielo, para continuar la misión encomendada por su Hijo de cuidar y proteger a sus discípulos en su camino hasta el cielo, ha sido coronada de gloria y majestad y le ha concedido, como siempre lo ha creído la Iglesia, en tesorera de las gracias divinas. Desde el cielo, María Santísima continúa su misión de ayudar a los hijos de Dios a cumplir su misión en la tierra y desde ahí, extiende su manto de amor para protegerlo contra la agresividad del maligno (Cf. Ap 12,17) y sostenerlo en la fe, y no cesa de orar con la oración que los primeros cristianos desarrollaron en

los momentos de dificultad, confiados en que su amor y protección los mantendría seguros.

Queremos terminar esta reflexión para la preparación de nuestro Congreso Nacional Eucarístico invocando a la Llena de Gracia, a la Siempre Virgen María, pues sabemos, como decía san Bernardo que jamás se ha oído que nadie que la haya invocado con fe, haya sido abandonado por ella.

V. DESAFÍOS

1. El desafío de sentirnos invitados a la Cena del Señor.

"Dichosos los invitados al Banquete de bodas del Cordero" (Ap19,9).

Ya el Cardenal Re había realizado un diagnóstico sobre el trasfondo de la relación de nuestra vida cristiana con la Celebración Eucarística: "Se da una dilución del sentido del domingo y de su fundamental importancia para la vida cristiana"[49]. Lectura de la realidad que va muy de la mano con la invitación que nos hacía el entonces Pontífice Juan Pablo II en la *Novo MillennioIneunte*, cuando nos invitaba a todos los fieles a tomar con empeño y fidelidad el compromiso de la participación en la Santa Misa Dominical como uno de los primeros objetivos en los inicios del Tercer milenio[50].

¿Qué elementos han contribuido a la "desacralización" del domingo? Sin duda, entre otros factores, el secularismo que margina la dependencia humana de Dios, negándole un papel significativo en la historia humana o la vida diaria[51]. Está también el relativismo propuesto por una cultura pluralista que tiende a privatizar la verdad y con ello menoscaba la libertad de las personas. Se ubica también una antropología defectuosa que llega a conclusiones muy diferentes a las de la fe cristiana sobre la naturaleza humana y una serie de cuestiones morales, como la necesidad del perdón, la participación en la vida sacramental, las relaciones humanas, el sentido del sufrimiento redentor y la muerte, la tecnología de la reproducción y las cuestiones sobre el final de la vida, por nombrar sólo unas cuantas[52]. Finalmente, tendríamos que referir una cosmovisión sacramental debilitada que inhibe a los creyentes de ver la creación como "cargada de la grandeza de Dios"y por lo tanto capaz de reflejar al Creador. Esto

¿Secularismo? ¿Relativismo?

49Pontificia Comisión para América Latina, LA MISA DOMINICAL, CENTRO DE LA VIDA CRISTIANA EN AMERICA LATINA, Reunión Plenaria 18-21 de Enero de 2005.
50Novo MillennioIneunte, nn. 36ss.
51Cfr. Directorio Nacional para la Catequesis, n. 10B.
52Tres textos que nos ubicarían en la excelente propuesta cristiana sobre el ser humano serían sin duda la Gaudium et Spes, la Dignitatis Humanae y el texto de San Juan Pablo II: "Cruzando el umbral de la Esperanza".

también les impide a no pocos creyentes el comprender la importancia central de los sacramentos —especialmente la Eucaristía— en la vida de la Iglesia[53].

Al final de cuentas, aparece un factor que engloba todo lo anterior: la deficiente formación en contenidos doctrinales y espirituales que nos ha conducido a una especie de "analfabetismo religioso".

Centralidad del domingo

La invitación es para todos, pastores y fieles cristianos para que nos comprometamos a recuperar y custodiar la centralidad del domingo en la vida cristiana y, concretamente que "la participación en la Eucaristía debe ser el corazón del Domingo"[54]. Este tema de la participación del bautizado en la Eucaristía ha sido recurrentemente abordado por el Papa Francisco en los diferentes momentos en que nos ofrece su enseñanza apostólica, tal y como lo hizo el 5 de febrero de 2014:

> "Queridos amigos, ¡no agradeceremos nunca suficientemente al Señor por el don que nos ha hecho con la Eucaristía! Es un don muy grande. Y por esto es tan importante ir a misa el domingo, ir a misa no sólo para rezar, sino para recibir la comunión, este Pan que es el Cuerpo de Jesucristo y que nos salva, nos perdona, nos une al Padre. ¡Es hermoso hacer esto! Y todos los domingos vamos a misa porque es el día de la resurrección del Señor, por eso el domingo es tan importante para nosotros"[55].

2. El desafío de mantener unidas Palabra y Eucaristía.

Conocer mejor la palabra de Dios

Entre los fieles católicos hay una amor grande por la celebración de la Misa y hay también una gran devoción a la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Para que este amor y devoción sean genuinos, los pastores y los laicos debemos promover el conocimiento de la Palabra de Dios que los acompaña.

53MANLEY HOPKINS G.,God's Grandeur, en The Oxford Book of English Mystical Verse, eds. D.H.S. Nicholson y A.H.E. Lee (Oxford: TheClarendonPress, 1917), consultado en www.bartleby.com/236.
54Novo MillennioIneunte, n. 36.
55La referencia puede verificarse en la página de ACI/EWTN en www.aciprensa.com

Así como se busca una formación cuidadosa con los ministros extraordinarios de la comunión, hay que capacitar también a un buen grupo de fieles como lectores. Hacerles ver que se trata de un servicio importante a la comunidad; conscientes de que ayudan activamente en la mesa de la Palabra.

Explicarles a los fieles paulatinamente la pedagogía de la lectura continuada de la Escritura a lo largo de los tres años litúrgicos; esto implica que los pastores dentro de su homilía tengan una visión clara y global de estos ciclos.

Hacer énfasis en la importancia de llegar a tiempo, estar tranquilos en el templo y poner atención a la Palabra de Dios; es Cristo quien preside y quien nos habla. En la medida de lo posible evitar lectores improvisados para la celebración. Como sugerencia práctica, favorecer que haya un buen equipo de sonido en el templo o lugar de reunión.

Palabra, silencio y comunión

Si hemos subrayado la importancia de la Palabra de Dios en todo este capítulo, es consecuente pensar que la homilía tenga su base a ella, pero también sería acertado enlazarla con la mesa de la Eucaristía por medio de alguna orientación práctica; además, potenciar el silencio dentro de la misa, para que cada uno relacione la Palabra de Dios, la comunión y la oración.

El pasaje de Lc 24,13-35 es prácticamente un modelo a seguir en nuestras celebraciones: Jesús sale al encuentro de sus discípulos, escucha sus inquietudes, se hace compañero, les explica lo que se refiere a Él en la Escritura, hace arder su corazón, les abre el entendimiento y ellos lo reconocen en la fracción del pan.

Otros cristos

Dentro de las catequesis parroquiales es importante reflexionar sobre la devoción al Santísimo Sacramento. La oración delante del Santísimo no es una acción intimista y desencarnada, sino está en sintonía con la Palabra que escuchamos en la misa diaria o dominical, nos debe conducir a un mejor conocimiento del Señor, del Reino de Dios y sus valores y desemboca en la justicia y el amor al prójimo. En otras palabras, la oración piadosa ante el Santísimo nos debe llevar a ser sus discípulos, o mejor aún, a ser otros Cristos.

Sería importante incluir en esas mismas catequesis lo referente a las Horas Santas: subrayar la importancia del silencio, sugerir una lectura bíblica adecuada al momento y circunstancias, favorecer el desarrollo de la vida de oración de los fieles y apoyar la adoración con cantos precisos.

Como preparación al Encuentro Eucarístico y apoyados por los futuros subsidios catequéticos, se podría implementar un taller con los grupos parroquiales acerca del valor de la Celebración Eucarística, para que ésta se proyecte y sea la fuente espiritual de todas las actividades parroquiales. La Misa es el centro y el culmen de nuestra vida cristiana. No hay ninguna objeción a las piedades legítimas con el Santísimo dentro de los retiros, ni con la oración prolongada ante el Señor sacramentado, mientras se intercede por el buen término de un retiro. Pero que estas actividades no sean por falta de acompañamiento o en sustitución de la celebración de la Eucaristía.

Otros cristos

3. El desafío de formar una sola familia en torno a la Mesa.

Para quienes leemos con fe la Sagrada Escritura, es claro que la historia que ahí se nos narra no es un conjunto de hechos acontecidos en el pasado. Para nosotros, los creyentes, esa historia nos revela un camino de salud, un valioso instructivo que nos orienta cómo hemos de actuar, aquí y ahora, para tener vida plena y saludable, vida de calidad (Cf. Jn. 21). En consecuencia, el creyente sabe que para vivir y disfrutar la vida, debe actuar y comportarse como Dios ha actuado y se ha comportado con nosotros. El obrar benéfico y saludable que el creyente debe aprender e imitar de Dios, lo ha resumido el Concilio Vaticano II con estas palabras: “Dios creó al hombre no para vivir aisladamente, sino para formar sociedad. De la misma manera, Dios “ha querido santificar y salvar a los hombres no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo que le confesara en verdad y le sirviera santamente”[56].

Vida plena

El obrar saludable de Dios se manifestó, de una vez y por todas, en Jesucristo, quien con la entrega y el sacrificio de su vida nos enseñó que esforzarse por «sobre-vivir» es simplemente obedecer a un dictado del instinto natural. En cambio, vivir para “con-vivir”, para vivir con otros y por otros es el regalo de una voluntad decidida a

56Gaudium et Spes n. 32; Lumen Gentium n. 9

amar hasta el extremo porque nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos (Cf. Jn. 15,13). Como a amigos muy queridos, Jesús nos confió el secreto íntimo de su vida: su amor al Padre (cf. Jn. 15,15). Para Jesús este amor era su pan, su alimento, es decir, vivía por eso y para eso: "Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió y llevar a cabo su obra."(Cf. Jn. 4,34; 6, 38-40).

Padre nuestro

La vida de Jesús no se redujo a seguir el dictado de sus impulsos, sino a obedecer la voluntad de su Padre (Cf. Lc. 22,41-42; Jn. 12, 27). Jesús que conocía el corazón de Dios, sabía que Dios quiere y pide de nosotros lo que un padre quiere y pide a sus hijos: la unidad, la fraternidad. Jesús se acercó a sus contemporáneos, niños, mujeres, pobres, enfermos y extranjeros porque eso era lo que su Padre quería. El Padre de Jesucristo quiere que todos los seres humanos, convivan como hijos de una misma familia. Por eso, la oración por excelencia, la oración que resume el significado de la Liturgia Eucarística es la que llamamos "oración dominical". Esta oración es aquella en la que nos unimos como hermanos al invocar a Dios como «Padre nuestro» y en la que nos reconocemos sus hijos diciendo con docilidad: "hágase tu voluntad". Este Padre es el que interiormente sale a nuestro encuentro y nos ruega entrar en su casa para celebrar con Él un banquete de fiesta porque "tu hermano estaba perdido y ha sido encontrado, estaba muerto y ha resucitado" (Cf. Lc. 15, 25 -32).

Compromiso dominical

Quienes no gustan de participar en la Misa dominical suelen justificarse diciendo que Dios está en todas partes y que en cualquier parte lo pueden invocar; lo cual es cierto. Sin embargo, no es menos cierto que no se trata de invocar simplemente al Dios omnipresente, sino al Dios de Jesucristo, al Padre nuestro, al Dios que quiere la reunión de sus hijos y busca su convivencia fraterna. A este Dios, sólo se le invoca bien cuando, en torno a la mesa del altar, le pedimos "danos hoy nuestro pan de cada día". También hay otros que no participan en la Misa dominical con la excusa de que muchos de los que van al templo, se dan ahí "golpes de pecho", pero fuera del templo son diferentes. Conviene, entonces, tener en cuenta que sólo se reza bien, cuando se pide al Padre nuestro que "perdone nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos ofenden".

Gestos litúrgicos

La Celebración Eucarística, como memorial de la misericordia del Padre que en la muerte y resurrección de Cristo nos ha reconciliado (cf. Ef. 2,13-22), sintetiza materialmente, en torno al banquete del pan y del vino, el carácter sacrificial, convival y

festivo del misterio de nuestra salvación. En consecuencia, tanto quien preside la Eucaristía como quien forma parte de la asamblea, deben cuidar y preparar no sólo los gestos litúrgicos, sino todos los aspectos que expresen el significado de reunión fraternal. Este significado se diluye cuando, más allá, de las legítimas variaciones y del personal estilo, el celebrante promueve, en la misa, sus propias devociones para generar una simpatía particular entre los fieles. Quien preside ha de observar con respeto las normas litúrgicas y, conforme al sentido de éstas, ha de evitar añadir, quitar o modificar según su piedad o gusto porque no es él, sino Cristo el protagonista de la liturgia; porque no es "su" Eucaristía, sino la Eucaristía de la Iglesia, cuerpo de Cristo. (Cf. SC. 22-23 y 26; DC. 12; DD. 37 -39)

A quien pastorea la comunidad de fieles corresponde procurar que el carácter comunitario de la Misa dominical no se vea oscurecido por intenciones particulares. Las presentaciones de niños, los XV años, las bodas, así como las largas listas de nombres de difuntos, muchas veces, parecen secuestrar el específico sentido Eucarístico de la Liturgia (Cf.SCa. 50). Por otra parte, mientras que los sacramentos del bautismo, la confirmación, la comunión, el matrimonio, la unción de enfermos y el orden sagrado pueden celebrarse naturalmente dentro de la Misa, la forma individual y privada del sacramento de la penitencia sugiere que su innegable dimensión eclesial se exprese en una liturgia comunitaria, distinta a la Celebración Eucarística (Cf. CEC 1482 -1484).

Participar de cerca

En cuanto toca a la asamblea, es muy conveniente que los grupos parroquiales, los movimientos apostólicos o los fieles de alguna capilla hagan su mejor esfuerzo por encontrarse en la Misa dominical de la parroquia, evitando celebraciones privadas y paralelas al resto de la comunidad (cf. SC. 26 -27; DD. 35 -36). El común de los fieles deberá esforzarse también por expresar visiblemente la unidad de la asamblea celebrante. Será muy deseable que la disposición de los participantes de la Misa no desdiga el propósito comunitario de la Liturgia Eucarística; por ello, dejando de lado el criterio individualista, habrá que preferir ocupar los lugares más cercanos al presbiterio y al resto de los fieles, antes que los lugares más cómodos, pero lejanos a los demás. Del mismo modo habrá que esmerarse por participar, con buen gusto, sin estridencias, ni prisas, en responder, rezar y cantar a una sola voz.

Puesto que la Eucaristía es "*sacramentumpietatis, signumunitatis, vinculumcaritatis*", como decía san Agustín[57], será muy elocuente que, en la medida de lo posible, al finalizar la Misa dominical, se realicen gestos y acciones que efectivamente prolonguen el misterio de caridad fraterna celebrado al espacio no litúrgico y cotidiano. A ello puede contribuir, por ejemplo, que, antes de la despedida, se haga el envío explícito de los ministros extraordinarios de la comunión para que lleven a los enfermos el Pan Eucarístico compartido en la asamblea. En este mismo momento, se puede hacer la invitación para que espontánea y voluntariamente, algunos fieles acompañen a los ministros, llevando ellos, por su parte, alguna ofrenda material que se haya colectado durante el ofertorio. En este sentido, es muy saludable seguir fomentando la práctica ya muy extendida del "domingo de la caridad". Será además, muy acorde al sentido festivo y fraterno de la Eucaristía, si en ciertas ocasiones, al finalizar la Misa y donde las circunstancias lo permitan, se tiene un sencillo convite que permita el acercamiento entre los mismos fieles, así como entre ellos y el pastor de la comunidad[58].

Caridad fraterna

En pocas palabras, habrá que usar de inteligencia, talento y creatividad a fin de que la Celebración Eucarística se convierta en un espectáculo de unidad[59], para experimentar ya aquí y ahora el gozo de nuestra salvación y para que el mundo pueda creer en el misterio de comunión que adoramos: el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo.

4. El desafío de guardar y vivir la memoria de Jesús.

A veces creemos que necesitamos grandes reformas, elaborados métodos y sofisticados planes de pastoral para lograr evangelizar a las masas de católicos bautizados alejados; sin embargo, en la Celebración Eucarística que sigue siendo tan valorada en muchos miles de católicos alejados, podemos ofrecer una evangelización de manera muy sencilla. Si ésta fuera en verdad memoria de Jesús, si en ella, en el modo de convocar y recibir a la gente fuera más atento y amable; si el modo de escuchar y proclamar el mensaje de Jesús fuera más fiel a Jesús mismo; si el modo de celebrar el misterio Eucarístico se realizará con una piedad sincera y con mayor participación y

La memoria de Jesús

57cf. In. Johann. Ev. Tract. 26, 13: PL 35, 1612.
58cf. Dies Domine, n. 44.
59cf. Tertuliano, Apologeticum, 39,1-7.

alegría; si esto sucediera, el modo de salir, el modo de relacionar la fe y la vida también cambiaría.

Fruta de vida cristiana

Valdría la pena que revisáramos, con criterios evangélicos y a la luz de *EvangelliGaudium*, los cuatro momentos de la Eucaristía. Recordemos que la Iglesia primitiva aún sin tener un calendario litúrgico tan elaborado, ni tantos grupos, movimientos o templos construidos, produjo muchos mártires. En efecto, cuando la Eucaristía era fiel a la tradición apostólica y evangélica, en su sencillez, daba abundantes frutos de vida cristiana.

Por último, para profundizar en la Eucaristía y para revisar con seriedad los planteamientos que hemos venido ofreciendo en este documento, en el Congreso Eucarístico tendremos espacios para preguntarnos y reflexionar muchos aspectos de la Eucaristía, su relación con la familia y con nuestra misión en el mundo.